

LITERATURA Y COMPROMISO.

Jean-Paul SARTRE. *¿Qué es la literatura?* Losada, Buenos Aires, 2003.

Es la obra de un Jean-Paul Sartre inevitablemente marcado por su tiempo. Con el final de la Segunda Guerra Mundial quedan atrás sus días de cautiverio en un campo de concentración, su activismo intelectual como forma de resistencia y el momento de la liberación. Junto a la situación precaria de posguerra surge la necesidad de exponer una concepción de la literatura marcada por el compromiso, la crítica y la acción: «negatividad y construcción». Es la hora de denunciar el posicionamiento conformista, sumiso, de gran parte de los intelectuales franceses y de la crítica literaria de su tiempo, tanto durante la ocupación nazi como tras la liberación; es la hora del desenmascaramiento del peligro que suponen los regímenes totalitarios, donde se incluyen la burguesía opresora y el yugo ejercido por el Partido Comunista soviético. Pero además, Sartre no duda en hacer un llamamiento a sus contemporáneos y exigir una ética (ya apuntada en sus obras filosóficas) donde elección, responsabilidad, compromiso y libertad estén irremediamente conectadas.

Francia, como el resto de Europa, se halla presa de las necesidades más elementales. Las pérdidas humanas y materiales han sido enormes. Estamos en los tiempos de las cartillas de racionamiento. Se ha pasado de un periodo de seguridad a la más absoluta inseguridad. En tal situación, el existencialismo sartreano muestra su carácter netamente europeo. Sus postulados transmiten expresivamente el estado de espíritu de la mayor parte de los habitantes del Viejo Continente, hondamente impresionados por las secuelas de una guerra terrorífica.

En el momento de su publicación, *¿Qué es la literatura?* levantó un sin fin de debates y discusiones debido al tono polémico y denunciante con el que Sartre pretendió soliviantar las conciencias, sobre todo las conciencias acomodaticias de la clase burguesa. Lo que perseguía el autor francés con esta obra es que la literatura dejara a un lado su función política, para asumir una función social, liberadora. Con la brillantez que lo caracteriza, y

siguiendo el método empleado en la mayoría de sus obras filosóficas, aunque sin caer en las conceptualizaciones laberínticas de *El ser y la nada*, en *¿Qué es la literatura?* se propone dar respuesta a una sucesión de preguntas para responder a la pregunta crucial que da título a la obra.

El libro comienza, a modo de falso prólogo, con dos capítulos, el primero de ellos bajo el epígrafe «Presentación de Les temps modernes», que viene a ser un compendio de los postulados sartreanos. Para Sartre, el escritor burgués debe comenzar a ser consciente de su responsabilidad a la hora de escribir. Atrás queda el axioma «el arte por el arte». Se hace inevitable que no cualquier escrito posea un sentido. Como dice nuestro autor, el escritor está marcado, «está en el asunto», comprometido. Las vías de fuga del escritor están cerradas: no hay posibilidad de huida. Sólo hay una vida, esta guerra, y no cabe lavarse las manos. Por tanto, es el momento para que el escritor haga uso de su pluma, pero, sobre todo, es el momento de ser consciente de la responsabilidad que ahora tiene en sus manos: una maldición, pero también un tesoro.

La intención del autor es contribuir a que se produzcan ciertos cambios en la sociedad y no duda en colaborar con quienes quieran cambiar «a la vez la condición social del hombre y la concepción que el hombre tiene de sí mismo». Pero no lo hará políticamente, siguiendo las normas de un partido. Ahora la literatura adquiere función social. Sin embargo, esta nueva función no puede caer bajo el carácter reduccionista de la burguesía, que sólo ve hombres allí donde también existen situaciones, clases, colectividades. Para Sartre cualquier sentimiento «es siempre la expresión de cierto modo de vida y cierta concepción del mundo» sujeta a factores históricos y sociales. En definitiva, el carácter esencial del hombre es estar *situado*. Aunque Sartre va más allá y sostiene que, incluso si el hombre está totalmente condicionado por la situación, puede ser un centro de indeterminación irreductible, es decir, ser libre; aun estando condicionado por la sociedad puede hacer uso de su elección. Sin embargo, esta libertad implica responsabilidad y, como tal, acaba convirtiéndose en una *maldición* (en forma de angustia). Tal es el hombre que concibe Sartre:



totalmente comprometido y libre. No obstante, avisa, es a este hombre libre al que hay que liberar mediante el aumento de sus posibilidades de elección. Así su revista «Les Temps Modernes» estará destinada a defender la autonomía y los derechos de la persona. Y en ningún caso el compromiso revolucionario induce a olvidar la literatura y sus aspectos formales.

En el segundo capítulo de este posible prólogo, bajo el título «La nacionalización de la literatura», expone cómo el escritor pasa a convertirse en un bien nacional e incluso cómo ciertas publicaciones alcanzan prestigio antes de ser publicadas. Sartre no duda en erigir como responsable de tal situación a la crítica. Ésta, en vez de calibrar la calidad de un escrito, trata de determinar corrientes posteriores surgidas al amparo de estas obras. Esta actitud lleva al crítico a no tener reparos en señalar, después de cada obra, el fin de la Historia o el fin de la Literatura. Es necesario que el crítico, como el escritor que hace su historia a ciegas, día a día, renuncie a juzgar con seguridad: no puede dedicarse exclusivamente a recoger la resonancia social de la obra.

La denuncia llevada a cabo por nuestro autor va más lejos. Las obras literarias se están convirtiendo en instrumento de propaganda. Dice alarmado: «Nunca ha amenazado a la literatura un peligro tan grave: los poderes oficiales y oficiales, el gobierno, tal vez las mismas alta banca y gran industria, han descubierto la fuerza de la literatura y van a utilizarla en provecho propio». El crítico es cómplice de ello. Pero también el escritor debe responsabilizarse de lo que escribe. No porque sea escritor sino porque es hombre, ya que la vida se expresa en empresas y la empresa del escritor es escribir.

Con el fin de dar una respuesta a la pregunta ¿Qué es la literatura? irá Sartre planteándose una serie de preguntas tales como: «¿qué es escribir?». El escribir, dice, sólo puede comprometer a la escritura. Otras artes como la pintura, la escultura, no entran en ese juego. Las palabras, según Sartre, no tienen nada que ver con los colores o las melodías. El escritor, a diferencia del pintor, trabaja con significados y su imperio es la palabra, que contiene siempre un momento de acción: revelar es cambiar. El hombre es el ser cuya mirada cambia cualquier situa-

ción: la esculpe, la destruye. Las palabras se convierten en «pistolas cargadas». Pero deben apuntarse a blancos concretos, como revelar el mundo y especialmente el hombre a los demás hombres.

«¿Por qué escribir?». Cada uno tiene sus razones. Pero el hombre es el medio por el que las cosas se manifiestan, es decir, «uno de los principales motivos de la creación artística es indudablemente la necesidad de sentirnos esenciales en relación con el mundo».

Sin embargo, en la lectura, al leer, se prevé, se está a la espera; es decir, «la lectura se compone de una multitud de hipótesis, de sueños y despertares, de esperanzas y decepciones». En cambio, el escritor no prevé ni conjetura: proyecta; para él, «el futuro es una página en blanco, mientras que el futuro del lector son docenas de páginas llenas de palabras que lo separan del fin». Por tanto, no se escribe para uno mismo: «sólo hay arte por y para los demás».

Además, toda obra literaria es un *llamamiento*: «escribir es pedir al lector que haga pasar a la existencia objetiva la revelación que yo he emprendido por medio del lenguaje». En última instancia, el libro se propone como fin la libertad del lector, que viene a ser a la manera kantiana un fin en sí mismo. Aún más, la lectura es un ejercicio de generosidad: el escritor pide al lector la entrega de su persona, pero, a la vez, reclama que se le reconozca su libertad creadora. Se establece un pacto de generosidad mutuo. Ambos toman esta decisión libremente. Sartre vislumbra tras este imperativo estético un imperativo moral; es decir, «el escritor, hombre libre que se dirige a hombres libres, no tiene más que un tema: la libertad». Escribir es en cierto modo querer la libertad.

Pero «¿para quién se escribe?». En un primer momento se dirige a un lector universal, a todos los hombres. Sin embargo, este lector universal es una idealización. El escritor habla para libertades sumergidas, ocultas, que deben conquistarse por encima de la raza o la clase. Un aspecto importante de esta conquista es la *historicidad*: la libertad debe ser conquistada en una situación histórica. Es en este mundo donde debe surgir la liberación concreta: éste es el mundo enajenado, el que hay que cambiar. No obstante,

el público es el que debe plantearle los problemas al autor; el público es una espera; en una palabra, es el *otro*. Y el escritor, haga lo que haga, está comprometido y debe proporcionar a la sociedad una conciencia inquieta. Sartre hace una genealogía del advenimiento de los distintos públicos y de las posiciones que adopta el escritor en cada caso. Ahora bien, para evitar el fantasma de un público idealizado, como sucedió en la literatura del siglo XVII, sólo cabe que la literatura sea la subjetividad de una sociedad en revolución permanente, donde la palabra vaya unida a la acción y donde el escritor no confunda los intereses y preocupaciones del hombre con los de los grupos más favorecidos. Sólo en una sociedad sin clases, profetiza Sartre, la literatura adquiriría conciencia de sí misma. Esto tiene que ver mucho con la utopía. Y como tales condiciones no existen es hoy cuando es preciso escribir.

Sartre se pregunta por la «Situación del escritor en 1947» en el capítulo final de la obra. En él presenta al escritor francés en contraste con otros escritores, como por ejemplo los norteamericanos, cuyos principales representantes fascinaban al autor francés. Conocida es su afición por Hemingway, Faulkner, Dos Pasos, Steinbeck. Sartre se encargará de establecer tres tipos de generaciones de escritores franceses. La primera, la de aquellos que han comenzado a escribir antes de la guerra de 1914; luego una segunda generación posterior a 1918, con la que alcanza gran protagonismo el surrealismo (nuestro autor lleva a cabo un análisis un tanto sesgado del surgimiento, apogeo y fracaso del surrealismo, así como de sus conexiones con el PC); finalmente, una tercera en la que se incluye el propio Sartre, en la que el intelectual se halla situado en medio de las bombas: es el tiempo de la angustia. De aquí nace la necesidad de hacer una literatura de situaciones extremas. Dice Sartre: «Puesto que estábamos *situados*, las únicas novelas que podíamos pensar en escribir eran las novelas de situación, sin narradores internos ni testigos al tanto de todo». En esta época, por

otra parte, cobran un auge enorme los medios de comunicación de masas: radios, diarios, etc. El escritor pasa a ser más conocido que leído. El propio Sartre es una prueba de ello: el personaje por encima de su pensamiento. Ahora bien, tal perversión tiene su lado positivo: el cine con su nuevo lenguaje abre posibilidades infinitas para conquistar a ese público universal.

Por último, para salvar a la literatura hay que tomar posesión en la literatura, dirá Sartre. De lo que se trata es de tomar partido mediante los libros, los artículos. Que la libertad se manifieste en las novelas, los ensayos, las obras de teatro, ése es el auténtico cometido de la literatura. Sin embargo, «nada puede garantizar que la literatura sea inmortal; hoy, la única oportunidad es la oportunidad de Europa, del socialismo, de la democracia, de la paz», anuncia Sartre. Parece que la situación reflejada por nuestro autor en 1947 se asemeja bastante a la situación actual, donde una y otra vez es puesto en entredicho el compromiso emancipador de los intelectuales adscritos a la izquierda europea.

Como puede apreciarse, la importancia de la reedición de *¿Qué es la literatura?* debemos buscarla en el propio contenido del texto, sobre todo en la constante actualidad de su denuncia y en el tratamiento de temas que hoy en día no han perdido vigencia: compromiso, responsabilidad intelectual, la literatura como elemento de cambio, etc. Sin una literatura como la que promueve Sartre es casi imposible que la colectividad alcance el nivel de reflexión y de conciencia necesarias para desvelar su situación. Sin embargo, el arte de escribir no está en manos de la providencia, como bien concluye Sartre, sino en las manos de los hombres: «es lo que los hombres hacen». Ahora bien, evitando cualquier tono profético, debe consignarse que la literatura puede llegar a ser prescindible, pero que el «hombre todavía mejor» que Sartre tiene en mente es aquello de lo que no se puede prescindir en absoluto.

José A. FERNÁNDEZ EXPÓSITO

